

REPRESENTACIONES SOCIALES DE COMERCIANTES AMBULANTES EN NOVELA Y CINE

Julio César Rodríguez Dorantes¹

DOI: 10.19136/cz.a18n36.6685

Resumen

Este artículo de difusión tiene como objetivo mostrar cómo la literatura y el cine representan a los vendedores ambulantes y cómo estas imágenes influyen en la percepción social sobre ellos. A través de una metodología de enfoque etnográfico, se realiza un análisis de novelas: Pintada y ojerosa, La región más transparente y ¡Me llaman la Chata Aguayo!, y películas como: Santa, Los olvidados, El Mil Usos y El Grito de los Coyotes. Esta aproximación permite comprender los imaginarios sociales que rodean al comercio informal, considerando tanto las expresiones de estigmatización como las estrategias de resistencia y agencia de los vendedores. Las conclusiones destacan que las representaciones literarias y cinematográficas funcionan como herramientas de difusión que revelan la complejidad de la vida urbana y evidencian cómo las narrativas contribuyen a construir percepciones sociales.

Palabras clave: comercio informal, cine, literatura e imaginario social

Abstract

This diffusion article aims to show how literature and cinema represent street vendors and how these portrayals influence social perceptions of them. Using an ethnographic approach, an analysis is conducted of novels such as Pintada y ojerosa, La región más transparente, and ¡Me llaman la Chata Aguayo!, as well as films including Santa, Los olvidados, El Mil Usos, and El Grito de los Coyotes. This approach allows for an

¹ Antropólogo social formado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH); complementó su formación con una especialización en Etnografía Política y espacios públicos en la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco (UAM-A). Es candidato al Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNII). Actualmente desarrolla investigación sobre desigualdad y precariedad laboral en el sector turístico.

understanding of the social imaginaries surrounding informal commerce, considering both expressions of stigmatization and the vendors' strategies of resistance and agency. The conclusions highlight that literary and cinematic representations function as diffusion tools that reveal the complexity of urban life and demonstrate how narratives contribute to shaping social perceptions.

Keywords: informal commerce, cinema, literature, social imaginary

Introducción

La presencia del vendedor ambulante forma parte esencial de la vida urbana de la Ciudad de México, representando no solo a un actor social más, sino también un símbolo de estrategias de subsistencia, resistencia y vulnerabilidad social, estrechamente ligadas a procesos de exclusión y precarización laboral. En este contexto, estudiar cómo el cine y la literatura mexicana han representado al comercio informal resulta crucial, ya que estas manifestaciones culturales no solo dan cuenta de ciertas realidades sociales, sino que también desempeñan un papel activo en la producción y reproducción de imaginarios sociales. El objetivo de este documento es mostrar cómo la literatura y el cine representan a los vendedores ambulantes y cómo esas imágenes influyen

en la forma en que la sociedad los percibe. Así, la pregunta que guía este trabajo es: ¿De qué manera la literatura y el cine han representado a los vendedores ambulantes y cómo esas imágenes influyen en que la sociedad los acepte o los rechace?

Para ello, se recurre a una perspectiva analítica de corte antropológico. Este enfoque permite analizar las narrativas culturales en la construcción de significados sociales. En este marco, se emplea el concepto de imaginario social concebido como: el conjunto de representaciones compartidas que orientan las formas de comprender y relacionarse con la realidad para examinar las tensiones entre visibilidad, estigmatización y reconocimiento que atraviesan al comercio informal. La hipótesis que guía esta investigación plantea que las representaciones del comercio informal en el cine y la literatura generan un imaginario contradictorio, en el que coexisten discursos de marginación y expresiones de agencia social, evidenciando tanto la reproducción de estigmas como las formas simbólicas de resistencia.

Metodológicamente, el análisis se sustenta en un enfoque interdisciplinario que articula el estudio textual y visual propio del análisis literario y cinematográfico con herramientas de la antropología cultural. Esto permite abordar las formas en que las representaciones artísticas contribuyen a construir significados



en torno a la vida urbana y las economías informales.

El corpus abarca novelas como *Pintada y ojerosa* (1959) de Agustín Yáñez, *La región más transparente* (1958) de Carlos Fuentes y *¡Me llaman la Chata Aguayo!* (1994) de Armando Ramírez, así como filmes como *Santa* (1943), *Los olvidados* (1950), *El mil usos* (1981) y el documental *El grito de los coyotes* (2016). A través de estas obras, se exploran las dimensiones simbólicas que modelan la representación social del ambulantaje en relación con el Estado, la economía y la vida urbana. En cuanto a su alcance, este estudio busca visibilizar cómo el cine y la literatura construyen imágenes sociales que, a su vez, inciden en las disputas simbólicas y materiales que marcan el devenir del comercio informal en la Ciudad de México.

Para lograr el objetivo de esta investigación, el artículo se estructura en dos apartados principales. El primero consiste en un trabajo etnográfico, basado en la revisión y comparación de representaciones del comercio informal en un corpus seleccionado de novelas y películas mexicanas. En este apartado se examinan los discursos, símbolos y narrativas que configuran la figura del vendedor ambulante en estos medios culturales, con el fin de entender las formas en que se construyen imaginarios sociales y estigmatizaciones en torno a esta práctica. El segundo apartado corresponde a las conclusiones, donde se sintetizan los hallazgos más relevantes del trabajo, se reflexiona sobre las implicaciones sociales y culturales de dichas representaciones.

Etnografiando las narrativas

La etnografía aplicada al cine y la literatura permite comprender cómo el comercio informal ambulante va más allá de una actividad económica: es una estrategia de resistencia, creatividad y apropiación del espacio público. Estas narrativas visibilizan

las experiencias de los vendedores, mostrando sus luchas, memorias y formas de habitar la ciudad. Así, literatura y cine se convierten en herramientas para reconocer la agencia de los sujetos informales y los imaginarios sociales que construyen en la vida urbana.

La literatura como práctica cultural: resistencias y construcción de sentidos

Desde una mirada etnográfica como lector, me acerco a las novelas buscando comprender cómo perciben el comercio informal ambulante en la Ciudad de México, encontrando en ellas un espacio simbólico donde esta práctica se narra no solo como una actividad económica, sino como una forma de vida marcada por la exclusión y la resistencia. Para ello se retoma la idea que plantea Enrique Moreno (2022) en su artículo “Vendedoras ambulantes y costureras”, donde expone una realidad social que funciona como material literario y teórico que destaca las tensiones que se viven en el comercio informal ambulante: “ya en calles poblanas, ambas fueron testigos de cómo la venta ambulante se integró mayormente por mujeres, algunas originarias de Tepeaca o San Pablo del Monte, y así también vivieron en carne propia la violencia por parte de las autoridades municipales y los locatarios del sector privado, históricamente enfrentados con las vendedoras ambulantes” (Moreno, 2022, p. 49). La cita del autor pone en evidencia que el comercio ambulante en contextos urbanos como es Puebla esté arcado por factores de género y formas de violencia institucional.

En este sentido, los textos literarios pueden leerse como crónicas culturales que condensan los saberes situados, las experiencias encarnadas y las tensiones sociales que configuran la vida cotidiana en la ciudad de México. Como afirma Roberto DaMatta (1993, p. 40, citado en Monte Alto, 2007, p. 72), “la literatura será también informada por la antropología,



pero resultará,
a su vez, deformada
o modificada por una serie de
exigencias que la misma literatura
impone desde su singularidad".

Desde una mirada antropológica, estas experiencias pueden entenderse como manifestaciones de violencia simbólica, presente tanto en las dinámicas cotidianas como en las representaciones literarias que no solo retrata estas realidades, sino que también influyen en la construcción de percepciones sociales.

Por otro lado, Carlos Monsiváis (1995), en sus crónicas, ofrece una mirada incisiva sobre una Ciudad de México profundamente atravesada por la desigualdad estructural. Al hablar de los "rituales del caos", el autor no solo da cuenta de las formas de desorden aparente en el espacio público, sino que visibiliza las estrategias cotidianas con las que los sectores populares enfrentan la pobreza y el abandono institucional. En este marco, el comercio informal no se reduce a un mero recurso económico, sino que se configura como una estrategia creativa de apropiación del espacio urbano y como un modo alternativo de habitar la ciudad.

Carlos Monsiváis redefine la noción de marginalidad al desplazar la mirada desde la ilegalidad hacia la agencia de quienes construyen formas de sobrevivencia en medio del caos. Del mismo modo, en 2666, Roberto Bolaño introduce la ciudad imaginaria de Santa Teresa, inspirada en

Ciudad

Juárez, como un territorio donde la violencia, la informalidad y la precariedad definen el paisaje urbano. Desde una clave etnográfica, esta ciudad ficcional puede interpretarse como una metáfora de muchas ciudades latinoamericanas donde el colapso institucional da paso a un orden social alternativo, regido por normas informales y prácticas de supervivencia. Bolaño, al igual que Monsiváis, presenta la informalidad como un campo de experiencia situado, en el que los sujetos resignifican su exclusión estructural a través de prácticas como el comercio informal ambulante resultan creativas de adaptación y resistencia.

Ahora bien, el espacio urbano mexicano y particularmente la Ciudad de México aparece en la literatura como un escenario donde el comercio informal está profundamente arraigado. Tianguis, mercados ambulantes y vendedores callejeros no son solo elementos del paisaje urbano, sino nodos de interacción social, cultural y política. Desde esta perspectiva, la literatura opera como un archivo etnográfico en el que se pueden rastrear las formas en que estas prácticas configuran modos de habitar, de resistir y de significar el entorno urbano.

Agustín Yáñez, en Ojerosa y pintada (1960), vincula el surgimiento del comercio

informal con los procesos de migración forzada del campo a la ciudad. Al señalar que “el bello paisaje de la campiña mexicana empezó a ser más un infierno que la gloria”, anticipa el éxodo rural que convirtió a miles de campesinos en habitantes urbanos desplazados del sistema económico formal Para Ramiro Segura: “La novela muestra, además, como esos “extraños conocidos” actúan como mediadores en el acceso y conocimiento de la ciudad” (Segura, 2008, p. 6). En este contexto, la informalidad se constituye como una respuesta ante la precariedad estructural, pero también como una forma de reappropriarse de la ciudad desde los márgenes.

En esta misma línea, Ricardo Pozas, en Los signos de la memoria (2011), introduce la figura del “campesino urbano”, cargada de desarraigo, nostalgia y reconstrucción identitaria. Su relato: “Soy el que parte. Me voy de las quejas que tengo, de los miedos que obedecen a las voces que me siguen”, expresa no solo el dolor del desplazamiento, sino también la agencia subjetiva que opera en el acto de sobrevivir. Desde una lectura etnográfica, estas narrativas permiten comprender que la informalidad urbana no puede desvincularse de las memorias del despojo y de las luchas por el reconocimiento en territorios hostiles.

Asimismo, Me llaman la Chata Aguayo (1994), de Armando Ramírez, ofrece una representación emblemática del conflicto entre vendedores ambulantes y autoridades. A través del diálogo entre una comerciante y un policía que intenta desalojarla, Ramírez dramatiza un intercambio cargado de ironía y astucia verbal, que revela cómo el lenguaje se convierte en arma de negociación simbólica. En este acto de resistencia cotidiana, la vendedora no solo defiende su derecho a trabajar, sino que subvierte las imposiciones del poder formal. Desde un enfoque etnográfico, este fragmento ilustra cómo la calle se constituye en un campo de disputa semiótica, donde las reglas del Estado son reinterpretadas por quienes habitan el margen:

“Me puse a vender limones en la calle, en la calle de la Soledad, fui la única y la primera en esos años. Llegaba el policía y yo, mira:
—No puedes vender, niña...
—¿Qué, si estoy podiendo? Mírame...
—No, niña, no se puede...
—¿Cómo, si ya llevo dos días, y sí pude...
—No seas terca, no se puede, ni aunque quieras...
—Le digo que sí, me costó trabajo, pero pude...
—No de poder no se puede, pero si túquieres yo puedo...
—Yo no quería, pero pude, quiero decir que queriendo es podiendo...
—Bueno, pudiendo, podiendo pues sí puedes... pero, para poder le tienes que poner.
—¿Poner? Pues... puede...
—Ya ves, queriendo podemos entendernos...” (Ramírez, 1994, p. 63)

Esta secuencia expone con agudeza la negociación simbólica entre el poder institucional y el poder del hacer cotidiano. La informalidad, como revela este fragmento, está impregnada de creatividad lingüística, afectividad y resistencia implícita. En la misma línea, Pantaletas (Ramírez, 2013) representa al vendedor ambulante como un sujeto que, pese a contar con un capital cultural significativo, se ve empujado a la informalidad. El protagonista, Maciosare, tiene formación académica, pero la falta de oportunidades laborales lo conduce al comercio callejero. Esta contradicción revela cómo las expectativas de movilidad social se ven frustradas por la exclusión estructural. Desde una mirada etnográfica, este relato permite observar cómo la informalidad urbana condensa tensiones entre mérito, identidad y exclusión, funcionando como estrategia de sobrevivencia y afirmación.

Carlos Fuentes, en *La región más transparente*, también retrata una ciudad fragmentada, caótica y saturada de desigualdades. La expresión: “¿Por qué vivimos en una ciudad tan horrible, donde uno se siente enfermo, donde falta aire, donde sólo debían habitar águilas y serpientes?” (Fuentes, 2002, p. 212), da cuenta de la alienación urbana, pero también del deterioro físico y simbólico de los espacios habitados. Desde una lectura etnográfica, la informalidad aparece aquí como una expresión más del caos urbano, como una respuesta al fracaso de las promesas de modernidad y orden social.

En suma, los textos de Yáñez, Pozas, Ramírez, Monsiváis, Bolaño y Fuentes componen un corpus literario que, leído desde una clave etnográfica, permite acceder a los significados sociales, afectivos y políticos que estructuran la informalidad. En ellos, el comercio ambulante no es solo objeto de descripción, sino sujeto de narración: encarna la memoria, la identidad, el conflicto y la resistencia. Como señala Eduardo Galeano: “De los pobres, sabemos todo [...] Solo nos falta saber por qué los pobres son pobres” (Galeano, 2012). Esta afirmación resuena con fuerza al observar cómo la literatura puede ser una vía para comprender la vida urbana más allá de las estadísticas,

adentrándose en los relatos y sentidos que configuran la experiencia cotidiana de los sectores excluidos.

El cine: prácticas, resistencias y construcción de imaginarios

De manera complementaria a la literatura, el cine mexicano ha constituido un medio privilegiado para representar la complejidad del comercio informal en contextos urbanos. Desde una perspectiva etnográfica, las narrativas audiovisuales no solo permiten observar la dimensión económica de la informalidad, sino que visibilizan las relaciones de poder, las estrategias de resistencia y las formas de sobrevivencia que atraviesan a los sujetos excluidos. En este sentido, filmes como Santa, El Mil Usos, Los Olvidados y El Grito de los Coyotes ofrecen ventanas para comprender cómo los actores informales negocian su lugar en la ciudad y construyen sentidos de pertenencia desde la marginalidad.

La novela Santa de Federico Gamboa, junto con sus versiones cinematográficas (1932, dirigida por Antonio Moreno, y 1943, dirigida por Norman Foster), retrata el paso de México de un entorno rural hacia uno urbano, marcado por el fuerte contraste entre la marginalidad y las aspiraciones de modernidad. En este escenario, el comercio informal, incluyendo a los vendedores ambulantes, formaba parte del paisaje cotidiano, vinculado a sectores populares, condiciones laborales precarias y estrategias de subsistencia. En Santa, la protagonista es conducida al trabajo sexual, lo que expone las expresiones más severas de exclusión y estigmatización que enfrentan quienes se encuentran en los márgenes del mercado laboral.

Desde una lectura etnográfica, la película permite identificar las tensiones entre normas sociales,

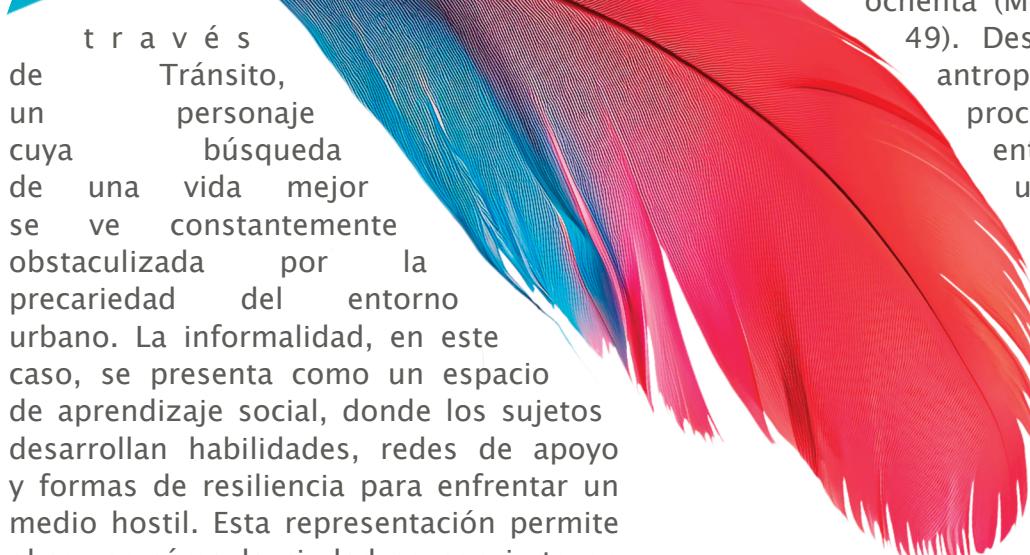
poder estatal y formas de sobrevivencia. Las interacciones de Santa con las autoridades y con otros actores urbanos revelan los mecanismos mediante los cuales los sujetos informales buscan recuperar su derecho a la ciudad, aun frente a discursos morales y punitivos que los marginan. En este sentido, la historiografía feminista del cine ofrece una herramienta metodológica y discursiva para cuestionar la notoria ausencia de mujeres particularmente de aquellas involucradas en luchas sociales en los relatos de la cinematografía mexicana y latinoamericana (Moreno, 2022, p.49).

Aunque la trama está centrada en el tránsito de una mujer de la vida rural a la prostitución urbana, el comercio ambulante aparece en las secuencias que ambientan la ciudad. Allí, vendedores y pregoneros conforman parte del paisaje visual. Así, aunque no sean protagonistas, funcionan como marcadores de un orden económico paralelo al formal. En Santa, los vendedores ambulantes carecen de desarrollo narrativo, pero su presencia filmica constituye un indicio significativo tanto visual como social de la manera en que el cine mexicano temprano



registraba, aunque fuera de forma tangencial, la economía informal y su papel en la vida urbana.

Asimismo, El Mil Usos retrata el desplazamiento del campo a la ciudad a



través de Tránsito, un personaje cuya búsqueda de una vida mejor se ve constantemente obstaculizada por la precariedad del entorno urbano. La informalidad, en este caso, se presenta como un espacio de aprendizaje social, donde los sujetos desarrollan habilidades, redes de apoyo y formas de resiliencia para enfrentar un medio hostil. Esta representación permite observar cómo la ciudad se convierte en un laboratorio de adaptación, donde las identidades se hibridan y las expectativas sociales se reconfiguran.

En Los Olvidados, Luis Buñuel explora la infancia marginal en barrios pobres, ofreciendo una visión crítica del abandono institucional. Desde una lectura etnográfica, los niños representados no son meramente víctimas, sino actores que interactúan con su entorno de manera creativa y conflictiva. A través del comercio informal y otras prácticas callejeras, construyen formas de organización, jerarquías y solidaridad que permiten su reproducción social. El filme revela, por tanto, que la marginalidad también es espacio de agencia, donde la sobrevivencia se convierte en saber situado. Finalmente, El Grito de los Coyotes visibiliza la lucha de los vendedores ambulantes contemporáneos frente a la

criminalización de sus actividades. Enrique Moreno subraya un momento significativo “el cine se incorporó a esta transformación toda vez que comunidades indígenas, obreros, lecheros, vendedores ambulantes y otros colectivos se integraron a la producción y aprendizaje fílmico desde sus distintos ámbitos en las décadas de los sesenta, setenta y ochenta (Moreno, 2022, p. 49). Desde una mirada antropológica, este proceso puede entenderse como una forma de resignificación del espacio simbólico del cine. Ya no se trataba únicamente de representar a los sectores marginados desde una mirada

externa y muchas veces estereotipada, sino de permitirles intervenir en la construcción de sus propias narrativas.

En este sentido, el cine se convierte en un campo de disputa por la visibilidad y por el reconocimiento social, donde las voces subalternas comienzan a ocupar un lugar central. El vendedor ambulante es aquí representado como un agente de “marginalidad activa”, para quien la informalidad no es solo un modo de vida, sino también una forma de resistencia política y cultural frente al orden hegemónico.

Reflexiones finales

El objetivo de este trabajo fue determinar si algunas narrativas logran mitificar, estigmatizar y empatizar con los comerciantes ambulantes, con el

fin de evidenciar cómo se construye el imaginario social. En ese sentido, se percibe que el comerciante ambulante, o vendedor callejero, ha existido desde épocas pasadas como una forma de buscar ingresos a través del intercambio de mercancías y las novelas que se abordaron ofrecen una visión de nuestros sujetos de estudio. Al exponer sus experiencias, estas novelas buscan humanizar a los comerciantes ambulantes, mostrando su papel ante las adversidades que representa vivir en la ciudad.

La propuesta de este artículo, además de lo mencionado anteriormente, fue generar en el lector un momento de reflexión para imaginar las relaciones sociales del momento en que se escribieron dichas narrativas, con especial énfasis en las expresiones sociales y percepciones emocionales. A nivel cronológico, también ofrece la oportunidad de observar una narración no lineal, con saltos temporales entre el pasado, el presente y el futuro. A través de la representación literaria, se revela la complejidad y ambivalencia de esta práctica, ofreciendo una visión más matizada de su impacto en la sociedad.

En conclusión, las representaciones cinematográficas del comercio informal, al igual que las literarias, permiten una lectura etnográfica que trasciende lo visual y se adentra en las prácticas, narrativas y sentidos que configuran la vida en los márgenes urbanos. Tanto el cine como la literatura funcionan como dispositivos simbólicos que condensan los imaginarios sociales en torno al comercio informal, permitiendo comprender cómo los sujetos excluidos no solo sobreviven, sino que resignifican y disputan el espacio urbano. Articulando ambas formas de representación con la mirada de la antropología urbana, se evidencia que el comercio informal constituye una narrativa de sobrevivencia, resistencia y estigmatización social, revelando los múltiples significados de la vida urbana desde las periferias simbólicas del sistema.

Bibliografía

- Alto, R. M. (2007). La escritura entre la antropología y la literatura en José María Arguedas. *Caligrama: Revista de Estudos Românicos*, 12, 71–84.
- Bolaño, R. (2004). 2666. Anagrama.
- Ceballos, E. M. (2022). Vendedoras ambulantes y costureras: creadoras para la historiografía feminista del cine mexicano. *Graffylia, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, 6(12), 48–55.
- Fuentes, C. (2002). La Región Más Transparente. Fondo de Cultura Económica. (Originalmente publicado en 1958)
- Galeano, E. (2012). Las guerras calladas. Siglo XXI Editores.
- Monsiváis, C. (1995). Los rituales del caos. Ediciones Era.
- Paz, O. (1988). El laberinto de la soledad. Fondo de Cultura Económica. (Originalmente publicado en 1961)
- Pozas, R. (1980). Los signos de la memoria. Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez, A. (2013a). ¡Pantaletas! Editorial Planeta.
- Ramírez, A. (2013b). ¡Me llaman la Chata Aguayo! Editorial Planeta.
- Segura, R. (2008). La novela como antropología. Las iluminaciones de una novela acerca de la ciudad. En V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Sociología.
- Yáñez, A. (1959). Pintada y ojerosa. Fondo de Cultura Económica.

